

Hola, me llamo Noa y escribo esta historia por todas aquellas mujeres que se les arrebató este privilegio. Voy a contar la historia de Clara.

Era la mañana del sábado y bajé a la frutería para comprar un par de cosas ya que esa misma noche iba a hacer una cena romántica con mi novio Hugo.

Mientras cogía los pimientos, escuché una conversación de dos mujeres mayores, que hablaban sobre un virus que venía de un chico que se había comido un murciélago y que estaba matando a mucha gente. Sinceramente pensé que hablaban de una película, porque lo parecía. Pero al subir a casa y encender la televisión mientras preparaba la comida, vi en la noticias lo mismo de lo que aquellas señoras hablaban y me asusté un poco pero lo veía tan lejos que no le hice caso.

El día pasó y llegó la noche, ya tenía toda la cena preparada solo faltaba que Hugo viniera de trabajar. Al ver que pasaba media hora y no venía lo llamé pero no contestó, entonces pensé que posiblemente se le habría hecho más tarde en el trabajo y lo esperé otra hora más, durante ese tiempo lo estuve llamando varias veces pero seguía sin contestar.

Pasaron dos horas y media o así, sin saber nada de él, cogí el coche y fui a su trabajo, pensando que se podía haber quedado dormido.

Cuando fui y pregunté por Hugo me dijeron que se había ido hacia bastante.

Entonces sin pensarlo dos veces cogí el coche y me puse a buscarlo.

Ya eran las cinco y media de la mañana cuando decidí ir a comisaría a preguntar por él y me dijeron que pusiera una denuncia por desaparición, que era lo único que podía hacer. Entre un mar de lágrimas la puse y volví a casa.

Sobre las siete o así escuche que alguien abrió la puerta, fui corriendo y al verlo, fui a darle un abrazo, pero ese abrazo no duró mucho ya que desprendía un fuerte olor a alcohol.

Después pasó lo de siempre, le regañé, me pidió perdón, le perdoné y todo como antes.

A partir de ahí más o menos todo fue normal, lo único que el virus ese vi en las noticias cada vez estaba más cerca, hasta que un día... nos encerraron. Se decretó el estado de alarma, las calles estaban vacías, la sensación de miedo se expandía más rápido que el virus.

Ni yo ni Hugo podíamos salir, ya que los dos teletrabajábamos, sólo él podía ir a la compra, ya que prefería que yo me quedara en casa para protegerme.

Al principio todo fue más o menos bien, nos aburrimos un poco pero el parchís online nos ayudó. Con el paso de los días la convivencia se iba resintiéndose, los “buenas noches, amor” se convirtieron en “apaga la luz” y los “te quiero” se convirtieron en “qué pesada eres”.

Un día estaba hablando con mi primo Marcos por Instagram y Hugo me vió chateando, me arrancó el móvil de las manos mientras me chillaba que era una guarra. Se puso a revisar toda la conversación que había tenido con mi primo y mientras yo estaba paralizada de miedo. Al darse cuenta que era mi primo me devolvió el móvil, me abrazó y me pidió disculpas, por haber dudado de mí y yo se las acepté, el mayor error que he cometido.

Las cosas no volvieron a ser como antes, su mirada no volvió a ser la misma y le empecé a tener miedo, cada vez que levantaba la voz mi cuerpo se estremecía, viví con el miedo constante de, que sería lo siguiente.

Después de eso, pasó un par de días cariñoso y cuidadoso conmigo, hasta que un día estaba haciendo una videollamada con mis amigas y noté a Hugo muy raro, entonces colgué y fui a hablar con él y me dijo que no le pasaba nada, pero este comportamiento cada vez era más frecuente y yo cada vez hablaba menos con ellas, hasta llegar al punto en el que les dejé de hablar y así también pasó con todos los de mi alrededor.

Cada vez me sentía más sola y tampoco le veía fin a la cuarentena, y eso cada día me consumía más y más, hasta que llegó el punto en el cual no me reconocía ni yo misma, no era ni la sombra de lo que era y las constantes discusiones con Hugo no eran de ayuda. Un día le rogué ir yo a comprar, porque necesitaba salir y que me diera el aire. Me dijo que no, me comenzó a chillar diciendo que era una egoísta, que sólo sabía pensar en mí misma y que no entendía que él lo único que quería era protegerme, porque yo era muy débil para poder defenderme sola y que lo necesitaba.

Mi corazón palpitaba muy fuerte mientras lo escuchaba, me empezaron a sudar las manos, no podía controlar los temblores y no me lo pensé dos veces, cogí las llaves y fui directa a la puerta. Pero Hugo me cogió del pelo y me arrastró hasta la mitad del pasillo, mientras yo gritaba y lloraba de dolor. En cuanto me soltó corrí a la puerta pero él me detuvo antes y me dió un puñetazo en la cara y me cogió del

cuello, mientras me gritaba que cómo no me callara me iba pegar una paliza. La sangre brotaba de mi mejilla, me empecé a ahogar porque no me dejaba respirar, pero la sensación de la cual mi cuerpo se inundó fue mucho peor, la mezcla de miedo, angustia, decepción y terror se apoderó de mí, las lágrimas inundaron mis ojos, creía que ese sería mi fin. Pero de repente me soltó del cuello y caí desplomada al suelo sin fuerzas para levantarme. Él para terminar, me dio una patada en el estómago que hizo que vomitara sangre durante tres días. Después el cogió las llaves y se fué.

Al rato tocaron el timbre, y cuando miré por la mirilla vi a la policía, no supe que hacer el terror se apoderó de mí y me paralice. Pero unos segundos después, vi aparecer por detrás de los policías a Hugo, les dijo que yo no estaba, que me había tenido que ir por una urgencia familiar y que los gritos que se habían escuchado eran porque había estado viendo una película de miedo.

Los policías se rieron y se fueron. Hugo entró a casa y me cogió de la cara y me gritó que todo esto había sido mi culpa y que daba asco, después de eso me dio un puñetazo y me di con el marco de una puerta y caí inconsciente.

Ya no recuerdo nada, solo el momento de despertarme a la mañana siguiente, justo en el mismo lado donde había caído inconsciente en la noche anterior.

Cuando me levanté fui a la cocina y lo vi a él, con el desayuno preparado para los dos, me pidió disculpas y me dijo que no iba a volver a pasar, que se le fue de las manos y que los dos estaban muy cabreados. Yo aun mareada no supe qué contestar, simplemente acepté el desayuno y me senté con él.

Solo pasaron cuatro días más hasta que la próxima paliza ocurrió, me pilló hablando con un amigo de la infancia que me había encontrado por Instagram.

Un día me cogió el móvil como de costumbre, para revisarlo y vio el chat de este chico, vino corriendo hacia mí, me lanzó el móvil a la cara haciendome una brecha en la ceja e inundando mi cara de sangre, me cogió nuevamente del cuello y me escupió mientras me decía el asco que le daba. Logré escapar y salí de casa, el corazón me iba mil por hora y cuando estuve a punto de bajar el primer escalón, cuando casi estuve a punto de salir de ese infierno, de vivir la vida que me merecía, note algo que me atravesaba la espalda, no sentí dolor, solo traición, me giré, mire mi espalda y vi un puñal metafórico y físico atravesar mi espalda. Me miró fijamente a los ojos y me llamó zorra, en ese momento sentí como si otro puñal me

atravesara el corazón, el hombre en el que por años había confiado y al cual había amado, me estaba matando.

Después sacó el cuchillo de mi espalda y me arrastró hacia casa, donde acabó con mi vida a base de puñaladas. Después escondió mi cuerpo en el congelador y poco después empezaron las investigaciones por mi desaparición, ya que no contestaba al móvil.

Al primero que se le investigó fue a él y dijo que un día me fui de casa a comprar y ya no supo nada más de mi, pero nadie le creyó, ya que si hubiese sido así hubiera sido Hugo el que denunciara mi desaparición.

Los policías decidieron registrar mi casa y cuando abrieron el congelador ahí me encontraron, descuartizada metida en bolsas de basura, como si no se tratase de una persona.

Los juicios empezaron y yo me volví en otro nombre más que gritar.

Se le puso una condena de 14 años y la gente sobre todo el colectivo feminista, como se pudo por la situación en la que estábamos, dieron apoyo a mi familia y amigos y mi cara inundó las redes sociales, eso no iba a volver a traerme a la vida, pero si alomejor a ser la última.

Y como yo, muchísimas mujeres, son acosadas, secuestradas, violadas e incluso asesinadas diariamente.

A causa de la pandemia los casos de violencia machista han aumentado notoriamente en todos los países, por eso ahora más que nunca tenemos que ayudar a que esto se frene y acabe, ya que ninguna mujer quiere ser el siguiente nombre que griten.

Este relato está basado en la historia de muchas mujeres que les arrebataron su voz.

Noa Díaz Núñez

4°C